

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Horror al saber, duelo del analista y acto analítico.

Vargas, David.

Cita:

Vargas, David (2023). *Horror al saber, duelo del analista y acto analítico*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/495>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/xMt>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

HORROR AL SABER, DUELO DEL ANALISTA Y ACTO ANALÍTICO

Vargas, David

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente texto, enmarcado en un proyecto de investigación sobre la noción de horror al saber y sus manifestaciones clínicas, tiene como objetivo plantear que el viraje desde el horror al saber hasta el acto analítico tiene como condición el pasaje por un duelo específico del deseo del analista. Para tal propósito, dedicamos un primer apartado a las diferencias entre la pulsión de saber propuesta por Freud y el horror al saber que destaca Lacan, ubicando al deseo del analista como deseo inédito en tanto deseo de saber. Posterior a resaltar la importancia que tiene que el analista pueda cernir la causa de su horror, revisamos la referencia del duelo del analista y cómo allí la destitución subjetiva puede ubicarse como momento previa a dicho duelo. Finalmente, luego de destacar el nudo entre acto y deseo, y cómo se expresa en el acto analítico, se advierte un desplazamiento desde el horror al saber al horror del acto del analista, cuestión irreductible que encuentra un tratamiento en que el analista sea al menos dos.

Palabras clave

Horror al saber - Duelo del analista - Acto analítico - Deseo del analista

ABSTRACT

HORROR TO KNOWLEDGE, THE ANALYST'S MOURNING AND THE ANALYTIC ACT

The present text, framed in a research project on the notion of horror of knowledge and its clinical manifestations, aims to state that the turn from the horror of knowledge to the analytic act is conditioned by the passage through a specific mourning of the desire of the analyst. For this purpose, we dedicate a first section to the differences between the drive to know proposed by Freud and the horror of knowing that Lacan highlights, placing the analyst's desire as an unprecedented desire as a desire to know. After highlighting the importance of the analyst being able to sift out the cause of his horror, we review the reference to the analyst's mourning and how subjective dismissal can be located there as a moment prior to said mourning. Finally, after highlighting the knot between act and desire, and how it is expressed in the analytic act, a displacement is noticed, from the horror of knowing, to the horror of the analyst's act, irreducible question that finds a treatment in which the analyst is at least two.

Keywords

Horror to knowledge - Mourning of the analyst - Desire of the analyst - Analytic act

“El objeto *a* es lo que todos ustedes son, en tanto están puestos ahí - cada uno el aborto de lo que fue, para quienes le engendraron, causa del deseo. Y ahí es donde ustedes deben reconocerse, el psicoanálisis se lo enseña”.

(Lacan, 2009/1969-1970, p. 192).

Introducción

El descubrimiento Freudiano del inconsciente como un saber no sabido hizo que fenómenos de la vida cotidiana cobraran un valor distinto. Aquello que se presentaba como carente de significado, basura del discurso -sueños, chistes, lapsus, errores- se tornaron sustentos de un mensaje que insistía en ser leído y deseos que entraban en conflicto con la voluntad. Igualmente, la supuesta línea divisoria entre lo normal y lo patológico se desdibujó, dado que los síntomas psíquicos de los llamados “enfermos” respondían a los mismos mecanismos inconscientes de los “sanos”. ¿Por qué este saber no quería ser sabido por quienes padecían sus efectos? ¿Por qué se defendían de ello, prefiriendo incluso enfermar? ¿Por qué, como lo menciona Freud, preferían la estrategia del avestruz que advertir dicho saber? Porque no se trataba sólo de un saber, de una representación inconciliable para el yo, sino de un modo singular de satisfacción que encontraba en el sufrimiento expresión: “horror de un goce ignorado”.

El dispositivo Freudiano no sólo dio lugar a que los padecimientos del alma encontraran sentido y brindaran otras vías de satisfacción menos tortuosas, sino que también se tornó condición para quienes estuviesen interesados en funcionar, a su vez, como analistas. Análisis personal, estudio de la teoría y supervisión de pacientes advino como trípode de la formación analítica, así como adquirir cierta aptitud resultaban condiciones suficientes para devenir analista, gracias a la firme convicción en el inconsciente.

Pero la pregunta sobre por qué alguien querría ocupar el lugar de analista encontrará su justificación con las elaboraciones de Lacan, especialmente, con los planteamientos en torno al final de los análisis, donde el destino del analista es el de caer como un desecho de la operación analítica. No sólo entonces un cambio en la posición respecto a ese saber no sabido, sino el surgi-

miento del deseo del analista. Deseo muy singular, en tanto el análisis no lo garantiza, además de desear lo que la insondable decisión del ser lleva al sujeto a rechazar: el saber inconsciente. ¿Cómo, entonces, un análisis da la posibilidad de esta mutación en el deseo, desde un rechazo del saber inconsciente a un deseo de saber? ¿Qué tratamiento posible respecto a ese horror al saber propio del sujeto dividido? ¿De qué manera el acto analítico se hace posible gracias a dicho tratamiento?

Estas son algunas preguntas a las que el presente texto pretende dar alguna respuesta, teniendo como planteamiento rector que hay un duelo que el analista debe hacer respecto al lugar de objeto que ha sido para el Otro, lo que permite circunscribir la causa de su horror, produciendo así la destitución subjetiva que convendrá para el acto analítico.

De la pulsión epistemofílica al deseo de saber

En el apartado “La investigación sexual infantil” de su texto “Tres ensayos de teoría sexual”, Freud (2001/1905) plantea la “pulsión de saber” o de investigar, diciendo que tiene lugar entre los 3 y los 5 años. Señala que “la pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver” (p.177).

Dicha pulsión resulta del interés del infante por intentar responderse preguntas respecto a la sexualidad, tales como la diferencia sexual y cómo nacen los niños. Lo que motoriza especialmente estos interrogantes es la posibilidad de la llegada de un hermano, quien lo despojará de su lugar de majestad.

Esta pulsión de saber, sin embargo, presenta una paradoja en su formulación, dado que Freud destaca que con las teorías sexuales infantiles el infante, lejos de querer saber, pretende sólo corroborar lo ya conjeturado, de modo tal que, frente a la diferencia sexual, pueda suponer que, en el caso de la niña, había un pene y le fue castrado, o que en algún momento crecerá; o seguir atribuyendo a la madre un pene, a pesar de que ha constatado que otros seres animados no poseen tal miembro. Sólo quiere saber de aquello que le resulte placentero, no de aquello que pueda ser fuente de displacer.

Lacan, por su parte, será taxativo al afirmar que no hay tal pulsión epistemofílica, sino que el sujeto dividido tiene horror al saber. Sin importar la posición subjetiva del ser, la elección forzada del ser hablante se dirige al rechazo del inconsciente (Soler, 2007), al vector del “no pienso”, siguiendo el cuadrángulo de Klein utilizado por Lacan en los seminarios *La lógica del fantasma* y *El acto psicoanalítico*, en las operaciones de alienación y verdad. El vector “no pienso” es la elección con la que el sujeto se inscribe como inconsciente, haciendo del inconsciente el discurso del Otro, habitado por un saber no sabido.

En la “Nota italiana”, Lacan advierte que para “la pretendida humanidad [...] el saber no está hecho porque ella no lo de-

sea”, planteando que el deseo del analista implica el deseo de saber: “No hay analista si ese deseo no le adviene, es decir que ya por ello él sea el desecho de la susodicha (humanidad)” (p. 328-329).

Respecto a la noción del deseo del analista, tiene lugar al final del seminario *El deseo y su interpretación*, en el que escribirá el matema del significante de la falta en el Otro en el grafo del deseo. A nuestro criterio, existe una correlación entre dicha escritura y el deseo del analista en relación al acto, cuestión que desarrollaremos más adelante.

Resulta crucial captar que Lacan plantea dicho deseo como un deseo inédito que nada tiene que ver con querer ser psicoanalista. De hecho, las evocaciones al respecto parecen definirlo por lo que no es -no es el deseo de curar, no es un deseo puro, no debe desear lo imposible-, impidiendo cualquier intento de que devenga concepto y así abrir la puerta a una estandarización; o hacen énfasis en lo que posibilita más que en una cualidad ontológica -deseo de la diferencia absoluta entre el Ideal y el objeto *a*-. Podemos entender que se trata de una función que consiste en que el analista, como semblante de objeto desde el lugar de agente en el discurso analítico, cede su posición de sujeto para causar el trabajo analizante. Que Lacan (2004/1960-1961) considere que el lugar que le corresponde al analista sea el de “ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro” (p. 125), nos indica también que no es un deseo que apunte a un objeto que pueda colmar el deseo, sino que es un deseo que se dirige al deseo del sujeto como deseo del Otro, al deseo en tanto inconsciente. De allí que sea condición para dejar vacante ese lugar que el analista pague con su palabra, con su persona y con su juicio íntimo (Lacan, 2010/1961).

Este deseo inclasificable -átomos- podemos rastrearlo en Freud (2001/1912) cuando recomienda al analista que tome como modelo al cirujano: “No sé cómo encarecería bastante a mis colegas que en el tratamiento psicoanalítico tomen por modelo al cirujano que deja de lado todos sus afectos y aun su compasión humana, y concentra sus fuerzas espirituales en una meta única: realizar una operación lo más acorde posible a las reglas del arte” (pp. 114-115). Planteamiento este que para los filántropos, las almas bellas y el sentido común no puede causar más que horror. El deseo del analista se expresa así como un deseo más fuerte que el de dirigir al paciente -gobernarlo o educarlo-, de allí que dirija la cura; más fuerte que los afectos y prejuicios que despierta en él como sujeto ser objeto de la transferencia -contratransferencia-, absteniéndose así de las ganas de abrazar o tirar al paciente por la ventana, como lo dice Lacan cómicamente. Apunta a una operación de la que desconoce sus alcances para el sujeto, pero no por ello es menos responsable en la operación ética radical de introducir al sujeto en el orden del deseo (Lacan, 1964-1965).

Retomando la “Nota italiana”, y renglón seguido del señalamiento del deseo del analista como deseo de saber, Lacan evo-

ca al horror de saber en estos términos: “Si el analista, si él se hace cargo del desecho que he dicho, es por, precisamente, vislumbrar que la humanidad se sitúa en la felicidad (es donde ella nada, para ella solo hay felicidad), y en ese punto él debe haber cernido la causa de su horror, del propio, el suyo, separado del de todos, horror de saber. Desde entonces, él sabrá ser un desecho” (p. 329).

Resulta entonces fundamental que el analista haya cernido la causa de su horror. Circunscribirla también trae consigo que pierda su lugar de causa. Podemos agregar: de causar el trabajo analizante. ¿Qué posibilita esto? ¿cómo hacer-ser (cargo del) desecho?

Duelo del analista

En el seminario *La transferencia*, en el que dedicó varias clases a *El banquete* de Platón -de allí la mención que hace de Sócrates, a quien comparará en varias ocasiones con el analista-, Lacan (2004/1960-1961) plantea un duelo en torno al cual se centra el deseo del analista:

Lo que Sócrates sabe y el analista debe al menos entrever, es que en el plano de *a* minúscula la cuestión es muy distinta de la del acceso a ningún ideal. El amor sólo puede rodear esta isla, este campo del ser. Y el analista, por su parte, sólo puede pensar que cualquier objeto puede rellenarlo. He aquí adonde nosotros, analistas, nos vemos conducidos a oscilar, en ese límite en el que, con cualquier objeto, una vez que ha entrado en el campo del deseo, se plantea la cuestión -¿qué eres tú? No hay objeto que valga más que otro- éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista. (p. 440)

Valga aclarar que no hay equivalencia entre dicho duelo y el fin de análisis: “El analizante solo termina de hacer del objeto (a) el representante de la representación de su analista. Entonces, en tanto dure su duelo por el objeto (a) al que por fin lo ha reducido, el psicoanalista persiste en causar su deseo: más bien maniaco-depresivamente” (Lacan, 2012/1973, p. 511).

Vemos que en la cita respecto al duelo del analista, Lacan hace mención al amor, al Ideal y al objeto *a*, que si bien no es todavía planteado en términos de objeto causa de deseo, considero que podemos leerlo como tal. Estos tres elementos los encontraremos con insistencia en sus formulaciones, como cuando habla del deseo del analista apuntando a la diferencia absoluta entre el Ideal y el objeto *a*, y evoque la significación de un amor sin límites en su planteamiento del fin de análisis en el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.

“¿Qué eres tú?” es una pregunta que consideramos solidaria de la destitución subjetiva, en tanto es como objeto, y no como objeto, que es planteada.

Si nos habla de “causa” y de efecto de separación en la “Nota italiana” es en tanto advertirse qué objeto se ha sido para el Otro permite dicho efecto: no hay objeto que valga más que otro, no hay objeto que colme el deseo. En el fantasma fundamental “el sujeto es esos objetos” (Lacan, 2012/1967, p. 585), con el

que ha pretendido colmar el deseo del Otro. Por el corto-circuito (Vargas, 2020) que el fantasma posibilita, el sujeto evita “interrogarse sobre la falta en la que se aparece a sí mismo como deseo”, interrogación que es coherente con “¿qué eres tú?” del duelo del analista:

Es pues la posición del neurótico con respecto al deseo, digamos para abreviar el fantasma, la que viene a marcar con su presencia la respuesta del sujeto a la demanda, dicho de otra manera, la significación de su necesidad. Pero este fantasma no tiene nada que ver con la significación en la cual interfiere. Esta significación en efecto proviene del Otro en la medida en que de él depende que la demanda sea colmada. Pero el fantasma sólo llega allí por encontrarse en el camino de retorno de un circuito más amplio, el que llevando la demanda hasta los límites del ser hace interrogarse al sujeto sobre la falta en la que se aparece a sí mismo como deseo. (Lacan, 2012/1967, p. 607)

Si con Allouch (2006) decimos que el duelo tiene estatuto de acto, este efecto separador nos resulta esperable. Sólo un acto permite responder a la pregunta “¿qué eres tú?”, lo que produce un efecto de pérdida. En este sentido, Soler (2010) recordando la afirmación de Lacan de que el acto “quiere decir” afirma que lo que quiere decir es el deseo, pero dada la incompatibilidad entre la palabra y el deseo, el acto se presenta como una solución a un imposible de decir, al igual que remite al objeto pulsional al que el sujeto se ha identificado en el fantasma, teniendo así un efecto de separación por la destitución que conlleva:

El acto remite de hecho a su causa, que no es otra cosa, justamente, que el objeto de la pulsión como núcleo del fantasma. En este punto, podemos pasar del acto ‘que quiere decir’ el deseo, al acto que pone en juego la causa, en tanto que ésta hace todo el ser del sujeto. Y es por lo que un verdadero acto representa al ser, y no sin vacilación infinita en la cadena. En este sentido, el acto es efectivamente una solución -no solamente terminación-, e inclusive una cumbre en el trabajo de la subjetivación del cual nosotros analistas nos ocupamos. (Soler, 2010, p. 42).

Evoquemos ahora la “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, dado que allí se articula la destitución subjetiva a la caída del objeto del fantasma fundamental, momento que podemos ubicar como previo al duelo ya mencionado.

Respecto al “final de la partida”, Lacan (2012/1967) se refiere al *ágalma* que trabajó en el seminario *La transferencia* para decir que su propósito es plantear una ecuación que tiene como constante dicho objeto y que el deseo del analista es su enunciación, la cual opera únicamente si el analista se ubica allí como “posición de *x*: de esa *x* misma cuya solución entrega al psicoanalizante su ser y cuyo valor se anota (-f), la hiancia que se designa como la función del falo al aislarlo en el complejo de castración, o *a* respecto de la que lo obtura con el objeto que se reconoce bajo la función aproximativa de la relación pregenital” (p. 270). Continúa diciendo que esto nos permite tener una idea de lo que pasa al final de la transferencia, momento en que “por haberse

resuelto el deseo que sostuvo en su operación el psicoanalizante, este ya no tiene ganas de confirmar su opción, es decir, el resto que como determinante de su división, lo hace caer de su fantasma y lo destituye como sujeto” (Ídem.).

Y es en este texto donde nos reencontramos con el horror, planteado por Lacan como respuesta que puede generar la destitución subjetiva al final del análisis, pero advertida ya por el analista desde el principio: “Al anunciarlo, ¿no desalentaríamos a los aficionados? La destitución subjetiva inscrita en el billete de entrada...¿acaso no implica provocar el horror, la indignación, el pánico, incluso el atentado, en todo caso dar pretexto a la objeción de principio?” (p. 270).

A ese desaliento, Lacan (2012/1973) opondrá años después el entusiasmo: “Desde entonces, él sabrá ser un desecho. Es lo que el analista ha debido al menos hacerle sentir. Si él no lo ha llevado al entusiasmo, bien puede haber habido análisis, pero analista, ninguna probabilidad” (p. 329).

Horror: del saber al acto

Dado que el deseo del analista no se sostiene desde la interpretación del deseo del marco fantasmático, se sostiene en acto, y por tanto, sin garantía del Otro. ¿Cómo hablar de un sujeto que actúe sin dicho marco y aún hablar de deseo? ¿Qué debe quedar -se pregunta Lacan (2004/1960-1961)- de su fantasma fundamental?, “si la castración es lo que ha de ser aceptado en el término último del análisis, ¿cuál tiene que ser el papel de la cicatriz de la castración en el eros del analista. Son preguntas más fáciles de plantear que de resolver” (p. 125).

No se trata, por supuesto, de una mera acción motriz, de allí que en las clases del seminario *El deseo y su interpretación* -seminario donde, como mencionamos antes, se plantea el significado de la falta en el Otro y, por nuestra parte, lo consideramos como condición del acto- dedicadas a Hamlet ejemplifique paradigmáticamente que el drama no es que éste no haga nada, sino que la acción en la que se sostiene como inhibido es aquella que lo concierne en el deseo: “Hamlet es un personaje del que lo menos que se puede decir [...] es que no retrocede ante demasiadas cosas, y que no le tiembla el pulso. Lo único que no puede hacer es, precisamente, el acto que está destinado a llevar a cabo, y ello porque el deseo falta. El deseo falta porque se ha hundido el Ideal” (p. 361).

Podemos preguntarnos: ¿de qué deseo se trata en el analista que prescinde del Ideal para actuar? Acto y deseo resultan así anudados. Mientras que el deseo neurótico se sostiene en el fantasma en tanto inhibido a la espera de la garantía de un Otro sin barrar, I(A), el deseo del analista posibilita un acto se sostiene en ese agujero real que implica el matema S(?). Es así que Lacan, en el polo contrario de la inhibición, ubica al acto. Pasamos así de la inhibición fantasmática al acto del analista: Un acto es una acción en la medida en que en él se manifiesta el deseo mismo que habría estado destinado a inhibirlo. Sólo si se funda la noción de acto en su relación con la inhibición puede

estar justificado que se llame actos a cosas que, en principio, tienen tan poca apariencia de estar relacionadas con lo que se puede llamar un acto en el sentido pleno, ético, de la palabra -el acto sexual, por un lado, o, por otro, el acto testamentario. (Lacan, 2006/1962-1963, p. 342)

En el seminario *Disolución*, precisamente en la clase titulada “El Otro barrado”, podemos ubicar un desplazamiento respecto del horror, desde el saber al acto: “El deseo del psicoanalista no es un puro amor por el inconsciente. Participa necesariamente de esa ambigüedad que hace que el psicoanalista cambie su saber en horror, cada vez que responde mediante su acto a aquél que quiere ‘saber su verdad’. El psicoanalista tiene horror de su acto” (Clase del 15 de enero de 1980).

Si el amor de transferencia fuese un puro amor al inconsciente, el análisis sería interminable. En tanto es un medio para tramitar el horror al saber, promete desde el inicio su fin: la liquidación de la transferencia en términos Freudianos y la caída del sujeto supuesto al saber en léxico Lacaniano dan cuenta de ello. En esta dirección, considero fecundo lo manifestado por Soler (2010), quien destaca que si bien la regla fundamental del análisis, la asociación libre, implica una suspensión del acto, no deben confundirse los medios del análisis con sus finalidades, en tanto el análisis procura desembocar en un “acto que interviene en ruptura con el hilo de la transferencia” (p. 37). Acto analítico, entonces, el que invita a suspender el acto por la palabra, así como también acto aquel posibilitado por lo imposible de decirse y que se presenta como solución a la incompatibilidad entre deseo y palabra.

La diferencia absoluta entre el objeto *a* y el Ideal que Lacan precisa respecto al deseo del analista encuentra su justificación si ubicamos allí la dimensión de acto en la que se expresa ese deseo de separación entre el amor que es la transferencia, con los efectos de idealización que conlleva, y el objeto *a*:

Si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado. (Lacan, 2001/1964, p. 281)

Valga aclarar que no hay modo de adjudicar el acto a un sujeto -“el acto tiene por significado el deseo, en tanto que este es inarticulable a la primera persona” (Soler, 2010, p. 39)-, no hay autor del acto, sino sujeto efecto del acto, dada la solidaridad entre acto y destitución subjetiva (Vargas, 2020) es en tanto semblante de objeto *a*, y no como sujeto, que agencia el acto analítico: “Articular el acto en el campo de la realización subjetiva, eludiendo en él la prioridad del *a*, es el mito personalista. El *a* inaugura el campo de la realización del sujeto y, en adelante, conserva allí su privilegio, de modo que el sujeto en cuanto tal sólo se realiza en objetos que son de la misma serie

de a, ocupan el mismo lugar en esta matriz” (Lacan, 1962-1963/2006, p. 342).

Los señalamientos que Lacan hace en su enseñanza de la relación del analista con el saber y con el acto tienen éste común denominador de ambigüedad evocado en la cita de *Disolución*. Ya sea cuando afirma que el analista “tiene entonces una relación compleja con lo que sabe. Lo rechaza, lo *reprime*, para emplear el término que traduce en inglés [y en castellano] la *Verdrängung*, e incluso lo ocurre no querer saber nada al respecto” (Lacan, 2012/1971-1972, p. 192); o cuando habla de la “falsa vergüenza del analista frente a la acción, en la que se disimula sin duda una verdadera: la que tiene de una acción, la suya, una de las más altas, cuando desciende a la abyección” (Lacan, 2008/1961, p. 607). Esta ambigüedad insoslayable considero que encuentra su justificación y tratamiento en que el analista sea “al menos dos” (Lacan, 1974, clase del 10 de diciembre de 1974), aquel que produce efectos -destitución subjetiva mediante, en tanto semblante de objeto- y aquel que a dichos efectos los teoriza, a pesar de su posición de sujeto y, por ende, retorno de su rechazo al saber.

Para finalizar, resulta de suma actualidad la advertencia que realiza Freud (2003/1912) sobre una “tendencia afectiva peligrosísima”, renglón seguido de la recomendación al analista de tomar como modelo al cirujano:

Para el psicoanalista, en las circunstancias hoy reinantes, hay una tendencia afectiva peligrosísima: la ambición de obtener, con su nuevo y tan atacado instrumento, un logro convincente para los demás. Así no sólo se sitúa él mismo en una disposición de ánimo desfavorable para el trabajo, sino que se expone indefenso a ciertas resistencias del paciente, juego de fuerzas del cual la curación depende en primer lugar. Aquella frialdad de sentimientos que cabe exigir del analista se justifica porque crea para ambas partes las condiciones más ventajosas: para el médico, el muy deseable cuidado de su propia vida afectiva; para el enfermo, el máximo grado de socorro que hoy nos es posible prestarle. (pp. 114-115).

Considero que en esta cita podemos ubicar el horror al acto analítico cuando como analistas pretendemos hacer del psicoanálisis un logro convincente para los demás, al trastocar el silencio por interpretaciones salvajes del tema de moda; al hacer comprensible nuestro quehacer alusivo; al evocar buenas intenciones en desmadre del enigma del deseo del Otro; olvidando así -retorno del horror al saber- los fundamentos en los que se sostiene el deseo del analista y el acto analítico. Con-vencer es del discurso del amo, no del analítico.

BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Ediciones literales.
- Freud, S. (2003/1912). “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”. En *Obras Completas* (Vol. XII, pp. 107-120). Amorrortu.
- Lacan, J. (1964-1965). *Seminario 12: Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Inédito.
- Lacan, J. (1974). *Seminario 22: RSI*. Inédito.
- Lacan, J. (1979-1980). *Seminario 27: Disolución*. Inédito.
- Lacan, J. (2001/1964). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (2004/1960-1961). *El seminario. Libro 8: La transferencia*. Paidós.
- Lacan, J. (2006/1962-1963). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós.
- Lacan, J. (2009/1969-1970). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (2010/1961). “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos* (Vol. II, pp. 559-615). Siglo XXI.
- Lacan, J. (2012/1967). “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”. En *Otros escritos* (pp. 261-277). Paidós.
- Lacan, J. (2012/1973). “El atolondradicho”. En *Otros escritos* (pp. 473-522). Paidós.
- Lacan, J. (2012/1973). “Nota italiana”. En *Otros escritos* (pp. 327-332). Paidós.
- Lacan, J. (2014/1958-1959). *El seminario. Libro 6: El deseo y su interpretación*. Paidós.
- Soler, C. (2007). “El rechazo del inconsciente”. En *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* (pp. 239-251), Letra Viva.
- Soler, C. (2010). “El sujeto del acto”. En *Acto, pasaje al acto y acting-out en psicoanálisis* (pp. 35-43), Ánfora.
- Vargas Castro, D. (2020). “Posición judicativa y fantasma”. En *Memorias XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación, XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, II Encuentro de Terapia Ocupacional, II Encuentro en Musicoterapia*. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. 25 al 27 de noviembre. 2020, pp. 825-829.
- Vargas Castro, D. (2020). *El suicidio como acto y sus paradojas*. Letra Viva.